

046. Tolerancia cristiana

No podemos negar que muchas veces oímos decir: *¿La Iglesia? Es intolerante del todo*. Lo oímos decir, sí. Pero, ¿es legítima esta acusación? Es muy posible que la cosa sea totalmente al revés. Las personas profundamente religiosas son comprensivas, aunque no admitan el error, y caritativas para aceptar al que está equivocado. Mientras que el incrédulo o quien ha perdido su fe se vuelve fanático, es incapaz de comprender al otro, y, desde luego, no admite una discusión cordial con quien piensa diferente.

La Iglesia, es cierto —consciente de que guarda la verdad de Jesucristo en toda su pureza y de que el mismo Jesucristo la constituyó guardiana del depósito de la fe—, no cede ni puede ceder un punto en la doctrina; pero sabe acoger a los muchos que, inculpablemente de su parte, piensan de otra manera, y pide por ellos para que el Señor los lleve a la plenitud de la verdad que ella posee.

La Iglesia ha hecho suyo el programa de conducta que el bendito Papa Juan XXIII se aplicaba continuamente, y que venía de siglos atrás: *En las cosas necesarias, unidad; en las no necesarias o dudosas, libertad; y en todas, caridad* (Lo decía Juan XXIII, pero parece que es del teólogo luterano Peter Meinderlin, 1630. D.319)

Si Jesucristo enseñó o mandó una cosa, no puede haber discusión alguna. Negarla, o simplemente dudar de ella, es tratar de mentiroso a Jesucristo. Y en esas cosas necesarias, sí que la Iglesia ha sido, es y será intolerante del todo cuando es atacada. Si nadie se mete con ella cuando enseña, la Iglesia se limitará a exponer la verdad de Jesucristo; pero, si se le ataca la Verdad, la defenderá con la fuerza de los leones...

Un conocido escritor lo expresaba con imágenes bellas: *Es intolerante la verdad porque no tolera junto a sí el error. Es intolerante el rayo de sol, porque no tolera junto a sí el hielo. Son intolerantes las matemáticas, porque no toleran que dos por dos sean cinco. Y, finalmente, es intolerante la Iglesia Católica, porque Cristo no fundó más que una sola religión, una sola Iglesia* (Tihamer Toth)

Hoy estamos viviendo en la Iglesia la ilusión de vernos unidos en la única Iglesia que Jesucristo fundó, y a ello tiende el movimiento del *Ecumenismo*. Queremos lograr esa unión que Jesucristo pidió tan ardientemente al Padre en la Última Cena: *¡Que todos sean uno!* Y eso exige que nos respetemos, que nos comprendamos, que dejemos de ser intolerantes los unos con los otros.

El bondadoso Papa Pío IX escribía: *Lejos de nosotros, hijos de la Iglesia Católica, el abrigar sentimientos de enemistad hacia quienes no están unidos con nosotros por lazos de la misma fe y caridad. La Iglesia no cesa de tenderles amorosamente sus manos maternas y llamarles a su seno para que consigan la salvación eterna.*

Y el mismo Papa dio un ejemplo hermoso de amor con un joven pintor. Lo encuentra por los Museos Vaticanos embelesado ante un cuadro de Rafael:

- *¿Te gusta, eh?*

- *Mucho. ¡Y cómo quisiera ingresar en la Academia de Pintura! Pero, por falta de recursos, no puedo entrar.*

- *No te preocupes por los recursos. Si ésta es tu ilusión, entrarás. El Papa puede responder por ti.*

El muchacho interrumpe con temor:

- *Santidad, es que yo... no soy católico, yo soy protestante.*

- *Esto no importa. Tú entrarás. Ahora podrás entrar.*

Así actuaba el Papa, en la esfera más alta de la Iglesia. Y lo mismo hicieron aquellos católicos de la base en las trincheras del frente oriental de Europa durante la Primera Guerra Mundial. Levantan en un pedestal la imagen de la Virgen, e invitan a sus camaradas luteranos a postrarse ante ella. Los compañeros protestantes podían leer el letrero que habían colocado delante:

- *¡María! En tus manos protectoras encomendamos nuestra trinchera. Ayuda también a nuestros hermanos luteranos, pues en la guerra no hay partidos.*

Y católicos y protestantes rezaban juntos y por igual a la que es Madre de todos...

El católico sabe valorar lo mismo la *Verdad* de Dios que la *persona humana*, y respeta lo mismo la persona humana que la Verdad.

Ante la Verdad de Dios no consiente una desviación. El error voluntario no lo sabe ni lo quiere ni lo puede tolerar. Lo que Dios ha revelado y ha confiado a su única Iglesia no admite ninguna tergiversación.

Pero la persona humana puede estar en un error involuntario, debido al ambiente en que nació o a la formación que tuvo, y entonces nos merece el máximo respeto, la mayor comprensión y todo el amor cristiano que podemos atesorar en el corazón.

Los hombres que buscan sinceramente a Dios y se confían a su amor de Padre están todos llamados al Reino, participan de la vida del Reino y, conforme a la palabra de Jesús a aquel escriba, *no están lejos del Reino de los Cielos...*

Cuando nos dicen que la Iglesia es dogmática y exigente en la Verdad, nos hacen un gran honor. Nos dicen, sin quererlo, que la Iglesia *sabe* que está en la Verdad de Dios y que es fiel a Jesucristo. Y recibimos un honor mayor cuando, al defender nuestra fe, nos ven respetar y amar al hermano que no es ningún fanático, pero que piensa diferente.

Conjugar la fidelidad a la Verdad de Dios y la tolerancia a la persona humana: es todo un equilibrio divino que sabe ejecutar, con maestría insuperable, la Santa Madre Iglesia...